

INTELECTUALES EN LA MIRA: ¿ESTÁN EN DEUDA? ¿CUÁL ES SU ROL EN EL PROCESO QUE VIENE?

¿Están en deuda académicos e intelectuales desde el 18 de octubre? ¿Qué papel debieran jugar en un eventual proceso constituyente, para aportar a un intercambio de ideas de calidad y a una buena convivencia cívica? En este momento clave que vive el país, estas fueron las interrogantes que les planteamos a Sol Serrano, Iván Jaksic, Claudio Alvarado, María José Lecaros, Jorge Larraín y Verónica Undurraga. A una semana del plebiscito, los seis explican sus perspectivas y opiniones. Y mientras algunos echan de menos una mayor presencia de figuras del mundo intelectual en el debate, que aporten densidad y racionalidad, otros perciben hoy más participación y demanda por la figura del "intelectual público". **E 2 y E 3**



Intelectuales en la mira...

ELENA TRARRÁZABAL SÁNCHEZ



MARÍA JOSÉ LECAROS “Está pendiente definir las preguntas relevantes”

Periodista de profesión y presidenta del Consejo de Ética de los Medios de Comunicación, desde hace unas décadas María José Lecaros ha reflexionado desde el entorno universitario y académico. Por estos días, su preocupación es la calidad del diálogo en nuestra sociedad, pues percibe “intercambios formales que son más bien monólogos, a veces con planteamientos de superioridad moral por algunas de las partes, que descartan otras visiones. Creo que un diálogo duro, incluso áspero, es preferible a la alternativa de eliminar la opinión de una persona, de ignorarla u omitirla”.

Sobre el aporte de intelectuales y académicos señala que “sí, estamos en deuda desde hace tiempo. No por flojera ni indiferencia, sino porque no hemos logrado dialogar con la sociedad de modo permanente, a diferencia de lo que sucedía en otros períodos, en los que profesores e intelectuales estaban más presentes en los medios con sus opiniones. En la universidad sí veo interacción con distintas instituciones —aunque de modo parcial y especializado— y aportes importantes a la cultura. Pero está pendiente trabajar con la sociedad en lo que sabemos hacer mejor: definir las preguntas relevantes, avanzar en los diagnósticos, descubrir el contexto y el sentido de lo que sucede. Y el desafío es trabajarlo en común, en forma colaborativa, no desde un pedestal”.

A su juicio, “el académico no vive en una burbuja. Frente a las presiones, la mayoría ha intentado mantener lo ‘propio’ de la universidad, lo que supone esfuerzo para no contagiarse con temas y lenguajes de moda, para mantener la exigencia y el tono universitario. No ha sido fácil. Lograrlo supone valentía y apoyo de la autoridad, de modo que cada profesor sea

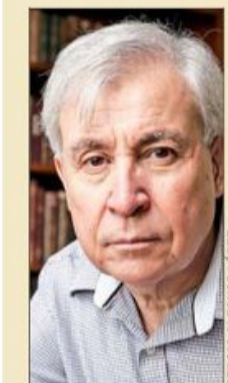
flexible ante lo que no es esencial y firme en lo que sí importa”.

“En el escenario actual, hay peligros que evitar: adoctrinar o ser indiferentes. El punto de partida —y de llegada— debe ser la persona y las necesidades de la sociedad. Habrá que descubrir el contexto del problema, hacer las preguntas adecuadas, usar argumentación racional y no retórica, plantear propuestas interesantes, buenamente rupturistas, pero también realistas. ¿Quizá tengo un exceso de optimismo? Tal vez, pero pienso que este ‘modo universitario’ subsiste, aunque sigue amenazado. Se requiere generosidad para proponerlo y, desde la sociedad, apertura para recibirlo. Apuesto por ambas. Este momento complejo es una oportunidad para un trabajo conjunto”.

**Profesora emérita de la UAndes, donde se desempeñó como profesora y decana de la Facultad de Comunicaciones. Exdirectora de la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica.*



Supone esfuerzo no contagiarse con temas y lenguajes de moda, mantener la exigencia y el tono universitario. No ha sido fácil”.



IVÁN JAKSIC “Hay un mutuo desconocimiento de lo que puede aportar cada cual”

“No tengo visiones apocalípticas”, señala el académico de la UAI y Premio Nacional de Historia 2020 sobre el proceso que vive Chile. Sí le preocupan las dificultades que advierte para un diálogo fructífero, que le pueden restar legitimidad al proceso. “Pareciera de verdad haber un diálogo de sordos. Salvo excepciones, hay un mutuo desconocimiento, o incluso descalificación, de lo que puede aportar cada cual. Esto tiene raíces históricas, y creo que se pueden señalar algunas de las principales: el intelectual devino en académico, cuyas exigencias durante el siglo veinte, y definitivamente ahora, fueron menos por el lado de la política que por el de cumplir lo que las universidades esperan de ellos: artículos en revistas indexadas, fondos competitivos y una fuerte carga docente y administrativa. Además, el conocimiento se ha ido fragmentando, de modo que la especialización conspira contra la visión de conjunto. Esto hace bien en algún sentido, en cuanto a que surgen expertos académicos que hacen comentarios puntuales muy atinados. Pero se pierde una visión de país, o al menos la capacidad de dialogar con quienes tienen responsabilidades públicas”.

“A esto yo agregaría una cierta descalificación de la política y de los políticos por parte de los intelectuales que también tiene raíces históricas. En el siglo XIX era muy frecuente ver que intelectual y político eran una misma persona. Pero en el XX empezaron a apartarse”.
“Director del programa de Stanford en Chile, Presidente del Consejo Académico del C. de Estudios Políticos de la Universidad Adolfo Ibáñez.”

pero también en quienes durante la década de los 60 rechazaron la democratización y en particular la masificación de las universidades. Querían que los intelectuales pudieran dedicarse a lo suyo sin interferencias por parte de la política”.

¿Existe alguna esperanza de diálogo entre intelectuales y políticos?, se cuestiona. “Yo creo que sí. La actual coyuntura lo permite. Los intelectuales pueden aportar mucho, pero creo necesario que ellos acepten que los políticos también tienen una experiencia muy necesaria para pensar en el futuro. Es cierto que los políticos profesionales la tienen difícil, porque hay un rechazo muy generalizado hacia ellos. Pero hay una oportunidad, y los intelectuales pueden facilitarla con ideas, con debate, con ejemplos de otras latitudes. Una discusión histórica sobre las ideas políticas, sobre todo de algunas fuentes clásicas, aportaría a elevar el nivel de la discusión. Por ejemplo, promover la claridad de los conceptos, como los de ciudadanía, sociedad civil, derechos (civiles, políticos, sociales). Sería un buen ejercicio, para las nuevas generaciones, hablar de las repúblicas antiguas y modernas, hablar de Aristóteles, de Maquiavelo, de Hobbes, de Adam Smith, de Benjamin Constant, de las discusiones en torno a la Constitución de 1787 en Estados Unidos, de Andrés Bello y del Estado de derecho. Es decir, un debate político con peso histórico e intelectual”.

“Hay una cierta descalificación de la política y de los políticos por parte de los intelectuales que también tiene raíces históricas. En el siglo XIX era muy frecuente ver que intelectual y político eran una misma persona. Pero en el XX empezaron a apartarse”.

SOL SERRANO

“Empieza a surgir una cierta demanda por el intelectual público”

La reconocida historiadora, autora de obras como “Historia de la educación en Chile”, señala estar “optimista, aunque a veces parece que soy la única”, dice con humor. “Siento que al menos se ha trazado una vía para resolver las diferencias, que puede que no lo resuelva todo, pero es un camino”.

En cuanto a los intelectuales —“que en general salen de la Academia, pero no son lo mismo que un académico”— afirma que desde octubre pasado percibe “una mayor presencia del intelectual público. Estas figuras han aparecido con mayor claridad en la actual coyuntura, han generado libros, buenas columnas, planteamientos interesantes. Percibo un esfuerzo para entender el proceso de fondo, a través de visiones que pueden ser divergentes, pero que tratan de dilucidar los hechos y los procesos que los sostienen. Han sido un aporte y también han alimentado un poco a la política, han tendido puentes. Siento que empieza a surgir una cierta demanda por el intelectual público”.

Todo esto, pese a que la historiadora reconoce que “a diferencia de antes, el mundo universitario y la carrera universitaria hoy están muy estandarizados. Antes un académico podía salir de su entorno universitario, se convertía en político o diplomático y después volvía a la Academia. Ahora es casi imposible”.

Pese a estas dificultades, según Sol Serrano, “están surgiendo de la Academia intelectuales públicos. A nivel internacional, entre otras figuras está Harari, que tiene un campo académico muy especializado (la histo-

ria de la guerra), pero también dialoga con un público más general en sus libros. La Academia ayuda a pensar, da un espacio de lectura amplio y la investigación permite estar al día. Y si estas personas tienen ductilidad, apertura a lo general y capacidad de entender otros lenguajes y públicos, pueden lograr una mirada más amplia, proyectiva e interdisciplinaria”.

Concluye que “el intelectual público le hace muy bien a la sociedad y a la política. Liga mundos que han estado separados y puede generar insumos importantes para el eventual proceso constituyente. Sería bueno que también estén presentes en la elaboración de la Constitución y que los partidos políticos comprendan que en sus listas deben ir estas figuras que aportan sensatez y densidad a la discusión”. Y finaliza con esperanza: “Yo me alegro de que al fin volvemos al espacio de la palabra”.

Premio Nacional de Historia 2018. Académica UC e investigadora. Autora de libros como “El liceo, relato, memoria y política” y “¿Qué hacer con Dios en la República?”



“El intelectual público le hace bien a la sociedad y a la política, liga mundos que han estado separados. En la actual coyuntura percibo una mayor presencia de esta figura”.

JORGE LARRAÍN

“La sociedad requiere entender mejor la violencia creciente a partir del 18 de octubre”

Sociólogo de larga trayectoria, profesor emérito de la Universidad de Birmingham, para Jorge Larraín, “el hecho de que el plebiscito haya sido acordado por los partidos políticos como consecuencia del estallido social del año pasado —como una manera de bajar la presión social producto de la extrema violencia vivida—

no significa que una nueva Constitución se justifique porque descomprime una situación políticamente inflama-da. Ni siquiera

siempre se logrará. Una nueva Constitución se justifica porque la que existe, pese a sus modificaciones y remiendos, tiene un pecado de origen: fue diseñada entre cuatro paredes por solo un sector de la comunidad nacional. El rol de los intelectuales no es, por lo tanto, apoyar una nueva Constitución solo para evitar la violencia, es más bien colaborar en el diseño de un proyecto que considere a todos los sectores del país y en el que convivan distintas sensibilidades políticas. Es el marco común y los intelectuales deben poder aportar una mirada amplia, de apertura a los otros y que resguarde los derechos de las minorías”.

“Pienso que los intelectuales están en deuda en un sentido diferente, que tiene que ver con lo que pueden aportar para que la sociedad entienda mejor la violencia y alta volatilidad

política que ha surgido en el país desde el 18 de octubre. Porque los hechos de octubre ya venían siendo prefigurados desde antes en las movilizaciones estudiantiles, en la destrucción de bienes públicos en las calles, en las tomas, etc. Es necesario tratar de explicar lo que ha pasado desde 2006, cuando —pienso— aparecen los primeros elementos de este proceso de violencia creciente que culmina el 18 de octubre y que acompaña una época de reformas, movilizaciones y logros sociales importantes. Temas de análisis deberían ser el cuestionamiento creciente de la democracia representativa y el desprestigio de la política, la percepción masiva de abusos y colusiones en grandes empresas, la desigualdad abrumadora en los ingresos, especialmente de las mujeres, en las atenciones de salud, en las pensiones, en las oportunidades educacionales. No serán los intelectuales los que van a solucionar temas como las pensiones, ni podría esperarse de ellos algo así. Para eso está la política. Pero su rol debería ser iluminar lo más posible aquello que está sucediendo, que nos está llevando a polarizaciones tan graves, para así sugerir ideas útiles en la búsqueda de una sociedad más justa e igualitaria. No pocas de estas reflexiones deberían servir para diseñar una nueva Constitución que asiente el marco común dentro del cual esa sociedad será posible”.

Doctor en Sociología, autor de “Identidad chilena” y “El concepto de ideología”, entre otras obras. Presidente del directorio de la U. Alberto Hurtado y exrector.



“No serán los intelectuales los que van a solucionar temas como las pensiones, para eso está la política. Pero su rol debería ser iluminar aquello que nos está llevando a polarizaciones tan graves”.



CLAUDIO ALVARADO

“Hay que sincerar el lugar desde el que se contribuye”

“Fui uno de los que me alegré para el 15 de noviembre, me dio tranquilidad que el sistema político fuera capaz de canalizar el conflicto. Pero me preocupa que su solución se identifique con el cambio constitucional. Muchas dimensiones y elementos que influyeron en las protestas no tienen que ver con una nueva Constitución”, señala. Alvarado opina que “a primera vista, los académicos e intelectuales no parecieran estar en deuda. A fines de 2019 ya asomaban libros sobre la crisis y sus consecuencias, fenómeno editorial que sigue en desarrollo. Además, casi todos los días hay seminarios y foros, cuyos protagonistas suelen ser intelectuales o profesores universitarios”.

Con todo, el director ejecutivo del IES no siempre advierte un auténtico ejercicio de comprensión, “sino activismo o proselitismo político. Ellos son legítimos, por supuesto, pero conviene explicitarlos y no cubrirlos tramposamente con otros ropajes. La línea es difusa, pero lo propio del intelectual es tomar alguna distancia de los procesos sociales e intentar entenderlos en toda su complejidad. Un esfuerzo de esta índole pugna con agendas demasiado apresuradas o partisanas, pues supone enfrentar preguntas incómodas. ¿Cómo

explicar que diversos actores de la transición asuman sin pudor la idea que ‘no son treinta pesos, son treinta años’? ¿Será acaso una culpa mal llevada por no haber oído las advertencias de las artes, las letras, las humanidades y ciencias sociales? ¿Cabe asumir sin más que la revuelta fue una reacción ante el individualismo del ‘modelo’, cuando ella misma parecía reflejarlo con su sistemática falta de orgánica, voceros y petitorios? ¿Cómo explicar el auge de la “dignidad” como bandera, cuando de modo simultáneo muchos validaron la violencia, olvidando que el fin no justifica los medios?”

“Ante estas preguntas, tampoco sería deseable aparentar una inexistente neutralidad. El punto es sincerar el lugar y el rol desde el cual se busca contribuir a la vida pública. Esto también será crucial en el eventual proceso constituyente. Los académicos e intelectuales comprometidos con el país pueden ayudar a subir el nivel del debate, así como orientar e influir desde sus miradas. A la hora de pensar, sin embargo, cierta distancia crítica e independencia de juicio son indispensables”.

**Abogado, magíster en derecho constitucional, director ejecutivo del IES, autor del libro “La ilusión constitucional”, entre otras obras.*



“¿Cabe asumir sin más que la revuelta fue una reacción al individualismo del modelo, cuando ella misma reflejaba una sistemática falta de orgánica, voceros y petitorios?”

VERÓNICA UNDURRAGA SCHÜLER

“La integración del género al análisis de la crisis no es una tozudez ideológica”

“Mi ánimo es de tranquilidad. Me parece que el plebiscito y el eventual proceso constituyente son los mejores caminos para encauzar la discusión y la crisis”, señala esta historiadora y académica, que hace unos días fue seleccionada como una de las “100 mujeres líderes 2020”. En su opinión, las preguntas planteadas “deben abordarse, más bien, desde la desvinculación que existe entre los intelectuales y el público general, por distintos factores. Por una parte, ha prevalecido una visión economicista de la realidad que, al prescindir de diálogos interdisciplinarios, no observó con atención la complejidad de las dinámicas sociales y culturales que ‘estallaron’ el 18 de octubre del año pasado. Por otro lado, tampoco es un misterio que las y los académicos escribimos para nosotros mismos —para nuestros pares—, según normas, lenguajes y espacios científicos muy apartados del público amplio. Aún no resolvemos cómo llegar a la mayoría de la población sin caer en la banalización y simplificación del conocimiento. Como historiadora, pienso que intelectuales como Natalie Zemon Davis podrían guiarnos en este camino”.

De todas formas, según Verónica Undurraga “se han publicado diversos ensayos, artículos y libros para interpretar la crisis y el así llamado ‘estallido social’. Pero parte importante de estos títulos se han remitido a los aspectos políticos e institucionales. Estos conforman los cami-

nos escogidos para encauzar la crisis, pero ciertamente no recogen la complejidad y multiplicidad de sus dinámicas”. A su juicio, “una de las dimensiones menos abordadas es el cruce de las variables económicas y sociales con las de género. Y, sin embargo, ¿cómo podríamos obviar el factor género cuando, según las encuestas Casen, las mujeres jefas de hogar han aumentado de un 20,2% en 1990 a un 42,4% en 2017? Ya que las mujeres reciben menor remuneración que los hombres, estas cifras adquieren un carácter dramático. No se trata sólo de un ‘tema femenino’, sino de un problema social profundo que afecta a todos los integrantes de aquellas familias sostenidas exclusivamente por mujeres”.

“La integración del género al análisis social no obedece a un ejercicio de tozudez ideológica. Más bien consiste en un esfuerzo por complejizar y visibilizar las distintas dimensiones de la crisis que enfrentamos. En este sentido, las perspectivas interdisciplinarias y el análisis de las humanidades y ciencias sociales resultan cruciales para esbozar el cuadro completo del presente y del pasado reciente. Un tiempo que hunde sus raíces en la historia, sin la cual no puede comprenderse cabalmente”.

Doctora en Historia, profesora del Instituto de Historia UC. Autora de “Los rostros del honor. Normas culturales y estrategias de promoción social en Chile colonial”.



“Una forma de visibilizar y complejizar las dimensiones de la crisis que vivimos es la incorporación del género al análisis social”.